

o-o-o / ω̂-ω̂-ω (TODO ESTRIBA EN EL OÍDO) —De Aristóteles a Ernstl y más allá—

PACO VIDARTE*

Resumen: Este artículo realiza una lectura de la lectura de *Más allá del principio del placer* que lleva a cabo Jacques Derrida en *La carte postale*. Distanciándose del oído de Derrida, propone otras formas de audición de la célebre «frase» del nieto de Freud, hasta llegar a hacerla resonar, como si de un eco lejano se tratara, con la no menos célebre «frase» de Aristóteles que vertebra *Políticas de la amistad*. En ambos casos se trata únicamente de una cuestión de oído, de la capacidad para oír el sordo clamor de la pulsión que no hace ruido.

Palabras clave: deconstrucción, psicoanálisis, pulsión de muerte.

Résumé: Cet article fait une lecture de la lecture de *Au-delà du principe de plaisir* que propose Jacques Derrida dans *La carte postale*. En s'écartant de l'oreille de Derrida, l'auteur montre plusieurs autres façons d'entendre la «phrase» bien connue du petit-fils de Freud tout en la faisant résonner, comme s'il s'agissait d'un écho, avec la «phrase» non moins connue d'Aristote qui traverse *Politiques de l'amitié*. Dans les deux cas, il ne s'agit que d'une question d'ouïe, d'être doué pour entendre le sourd chuchotement de la pulsion qui ne fait pas de bruit.

Mots clés: déconstruction, psychanalyse, pulsion de mort.

Cuando se trata de lo inaudito, todo estriba en el oído. De Freud. De Derrida. Y, por supuesto, del oído de Heidegger. Y en el porte, en el alcance que queramos darle a la voz del amigo que dice «o-o-o-o» o «ω̂-ω̂-ω». En el ínterin, las estribaciones de toda una historia de la filosofía. Historia de O, también, en muchas lenguas. Historia de un estribillo repetido hasta la saciedad. Un estribillo arrojado que es a la vez jaculatoria pues se acompaña, en cada una de sus preferencias, del lanzamiento de un pequeño jáculo de madera. Un estribillo que (se) arroja. Y que hay que (saber y) oír. Pero por algún peculiar extravío del sonido en el oído, tal vez una distorsión localizada en el estribo, quién sabe, alguien oye «fort-fort-fort-fort». Otros oyen «ω̂». Otros «ω̂». Y nosotros oímos lo que ellos dicen que oyen. Y asentimos, por una parte confiados en su fidelidad de amistosos portavoces, por otra parte algo atemorizados porque dicen que hay que tener buen oído para oír lo que de por sí es mudo, silencioso, que apenas se hace notar. *À bon entendeur salut*. Quien tenga oídos para oír que oiga. Naturalmente confesamos haber oído para que nadie nos llame sordos y encima no oigamos que nos llama algo peor.

«Este buen niño exhibía el hábito, molesto en ocasiones, de arrojar lejos de sí, a un rincón o debajo de la cama, etc., todos los pequeños objetos que hallaba a su alcance, de modo que no solía ser tarea fácil juntar sus juguetes. Y al hacerlo profería, con expresión de interés y

* Dirección para correspondencia: fjvidarte@hotmail.com

satisfacción, un fuerte y prolongado 'o-o-o-o', que, según el juicio coincidente de la madre y de este observador (*nach dem übereinstimmenden Urteil*), no era una interjección, sino que significaba 'fort'»¹.

Sophie, hija de Freud y madre del pequeño Ernstl, no podía sino estar de acuerdo, *übereinstimmen*, estar en sintonía, armonizar, afinar (*stimmen*) su propio oído para no desentonar con el oído de su padre y con la voz (*Stimme*) de su crío. No obstante, no hay por qué hacer oídos sordos y desechando otras hipótesis, otras posibilidades de audición. El propio Freud parece tener que recurrir al testimonio de su hija para dar este vertiginoso salto y convencerse y convencernos de que ha(n) oído bien. Pero también es posible escuchar, por ejemplo: *Hort, dort, Wort, Mord*, respetando, en principio, la lengua (de año y medio) de Ernstl y la consonancia final «rt» para no desentonar en demasía con el familiar «fort». Dado que la interpretación subsiguiente se hace en términos puramente semánticos, la elección de una u otra palabra, según el oído, nos llevaría a resultados completamente distintos. Quizá lo más afín a *fort* sería *dort* y se correspondería con el sentido local de la acción de arrojar los juguetes a lo lejos. *Hort*, curiosamente, conllevaría elaborar algo más la interpretación. Estando el padre en la guerra, ausente por tanto, ausentándose también la madre *für Stunden* y no quedando a su cuidado más que una señora del servicio, el significado de *Hort*: casa-cuna, guardería, asilo de niños cobra un relieve un tanto espeluznante, ominoso, *unheimlich*. Sobre todo cuando sabemos que un año después, el niño se dedicaba a arrojar sus juguetes, sustitutos esta vez no de sí mismo, sino del padre, mientras decía: «¡Vete a la gue(r)ra!»². El buen sentido de la familia Freud prefiere interpretar *fort* como la venganza de Ernstl por el abandono materno: «El acto de arrojar el objeto para que 'se vaya' acaso era la satisfacción de un impulso, sofocado por el niño en su conducta, a vengarse de la madre por su partida; así vendría a tener este arrogante significado: 'Y bien, vete pues; no te necesito, yo mismo te echo'»³. Hay donde elegir y el jáculo puede ser la madre, el padre o, por qué no, el propio Ernstl, lo cual no dejaría de tener algunas ventajas para el propósito de Freud en *Más allá del principio del placer*, a saber, rastrear cualquier aparición, todos los indicios, por más leves que pudieran resultar, de algo que desafiara el principio del placer, el sordo rumor de lo que bautizará páginas más tarde como *Todestrieb*. ¿Por qué no ver aquí algo así como un masoquismo originario del niño que se arroja a sí mismo, *fort, dort*, al *Kinder-hort*, por ejemplo? Haciéndoselo precisamente, para fastidiarse, para jugarse él mismo una mala pasada nada placentera (*Selbst-Mord*). Con esta hipótesis de un Ernstl más masoquista que sádico y vengativo habríamos cortocircuitado⁴ el recorrido del propio Freud que habría olfateado su presa ya desde el segundo capítulo y nos asombraríamos de lo innecesario de los cinco capítulos restantes. El asombro de Derrida va por otros cauces: «Se cree poder vincular esta historia con la exhibición, incluso con la demostración de la susodicha pulsión de muerte. Eso ocurre por no haber leído: el especulador *no* retiene *nada* de esta historia del *fort/da*, al menos en su demostración con vistas a un más allá del PP»⁵. Quizás estemos considerando a Ernstl melancólico antes de tiempo. En todo caso, lo que hasta ahora tenemos es un bebé que arroja algo, no sabemos si en lugar de alguien, y ese algo que (nos) arroja es una palabra, o cuatro: «o-o-o-o», «Wort-Wort-Wort-Wort». Una palabra que a jui-

1 FREUD, S.: «Más allá del principio del placer», en *Obras Completas*. Buenos Aires. Amorrortu, 1992. Vol. XVIII, p. 14.

2 *Op. cit.*, p. 16.

3 *Ibid.*

4 Cfr., sobre este punto, DERRIDA, J.: *La carte postale*. Paris. Flammarion. 1980, pp. 391-392.

5 *Op. cit.*, p. 315.

cio de todos los intérpretes no debe quedarse en la constatación de la palabra misma, una palabra que debe tener un significado (distinto, al parecer, del de «palabra, Wort»). El niño que arroja un objeto y dice «W(o)rt» parecería estar realizando una curiosa proferencia metalingüística, indagando tan pequeño los orígenes mismos del lenguaje, asociando y disociando la representación palabra-cosa. Eso que (te) arrojó es una palabra, la palabra misma, una llamada de auxilio, un cariño o un insulto. Como decía Freud en el *Proyecto*: «la noticia del propio gritar sirve como característica del objeto»⁶. Aunque, como ya vimos, la vía que podría haber considerado el grito de Ernstl precisamente como un grito, una interjección, quedó cancelada desde el inicio por el oído de Freud y de Sophie.

Pero que nadie nos acuse de no haber leído y mucho menos de no haber prestado oídos a la voz del amigo. Ya que lo que nuestra lectura y nuestra escucha pretenden *es no limitar en absoluto el porte, el alcance, la portée del cuádruple f(o)rt* que «acicatea, indomeñado, siempre hacia adelante»; la *portée* de *Jenseits...*, de *Más allá*, como un *quantum* de energía libre dentro del propio psicoanálisis; la *portée* de este (*Ent-*)*Wurf*, de este *jet*, de esta jaculatoria. Aún incompleta, pues el estribillo, en su forma más literal y canónica dice: «o-o-o-o/da»; otras versiones oyen «fort/da», quizá la forma más conocida del estribillo; por último, hay quienes simplifican la escucha en un «o/a».

«Un día hice la observación que corroboró mi punto de vista. El niño tenía un carrete de madera atado con un hilo (*Bindfaden*). No se le ocurrió, por ejemplo, arrastrarlo tras de sí por el piso para jugar al trenecito, sino que con gran destreza (*Geschick*) arrojaba (*warf*) el carrete, al que sostenía por el hilo, tras la baranda de su cunita con mosquitero; el carrete desaparecía ahí dentro, el niño pronunciaba su significativo 'o-o-o-o' y, después, tirando del hilo, volvía a sacar el carrete de la cuna, saludando ahora su aparición con un amistoso 'Da'. Ése era, pues, el juego completo, el de desaparecer y volver. Las más de las veces sólo se había podido ver el primer acto, repetido por sí solo incansablemente en calidad de juego, aunque el mayor placer, sin ninguna duda, correspondía al segundo»⁷.

Según el abuelo, su nieto dice «o-o-o-o/da». No sabemos si es que ya ha traducido con la madre la «a» en «Da» o si realmente Ernstl decía «Da». No es cuestión baladí, como señala Derrida, ni la agudeza del oído, ni reconocer qué es lo que al parecer está diciendo el bebé, ni en qué lengua lo está diciendo, aunque en el momento de decir esto, cuestión de oído nuevamente, Derrida oiga sólo «a» en lugar de «Da» que es el sonido que consigna Freud en su relato de la sonada anécdota: «Freud no se plantea ninguna cuestión en lo referente a la lengua en la que traduce el o/a. Reconocerle un contenido semántico vinculado a una lengua determinada (la susodicha oposición entre palabras alemanas) y, a partir de ahí, reconocerle un contenido semántico que desborda la lengua (la interpretación del comportamiento del niño) es una operación que no discurre sin protocolos teóricos múltiples y complejos [...] Dejo abiertas estas hipótesis, pero lo que me parece seguro es la necesidad de formular hipótesis sobre el conjunto de las interpretaciones de o-o-o-o, incluso o/a, en la lengua que sea»⁸. Dedicuémonos pues a ello y discurremos por esta vía facilitada, abierta, no abierta del todo, al menos no cerrada por Derrida y, en ocasiones, ni siquiera por él transitada. O-o-o, en cualquier lengua, en la lengua que sea, en más de una lengua, siempre necesitado de tra-

6 FREUD, S.: «Proyecto de psicología», en *O.C.*, Ed. cit., vol. I, p. 415.

7 «Más allá del principio del placer», Ed. cit., p. 15.

8 *La carte postale*. Ed. cit., p. 333.

ducción, en demanda al parecer de una o más hipótesis interpretativas, quizás por ser la voz de un niño *qu'il faut bien écouter*.

Fort/da. Suena alemán. Pero también suena francés. Quizás más francés que alemán para un oído forastero. *Fort, for, fors*⁹: el oído se pierde en cada línea extraviado por el silencio de la escritura. Hay que afinar el oído para percibir el leve rumor, lo inaudito de la *différance*, cuyo trabajo tal vez podría Freud calificar como *geräuschlos, unauffällig* o *stumm*. Todo estriba en la lengua. *Da*: «interjección primeramente atestada bajo la forma *diva* (de principios del siglo XII hasta 1356 aprox.); esta antigua interjección se compone de los imperativos de *dire* y *aller*: *dis et va*. Como consecuencia de su empleo interjectivo, *diva* se alteró en *dia* (siglo XIV), luego en *dea* (1396), *da* (1606). Primeramente empleados solos, *dea* y luego *da*, sirvieron para reforzar la afirmación y la negación»¹⁰. Así pues, *da*, traducido de este modo, viene curiosamente a inscribirse en la escena del carrete que Ernstl gustaba de tirar y volver a traer hacia sí para volverlo a arrojar y recoger entretenido. *Da* describe y realiza el juego completo: *dis et va*. Decir *fort* e irse el carrete es todo uno. *Fort!, va!, geh' [in K(r)ieg]!*

El pequeño Ernesto sabe cómo hacer cosas con palabras, ha descubierto la omnipotencia de las ideas y de los vocablos, no sin arrojo, pues su puesta en práctica del hallazgo del performativo-constativo ya le costaba alguna reprimenda y el disgusto de su familia ante este hábito que Freud no duda en calificar de molesto. *Da*, di y ve, estribillo que se deforma a cada paso, que se traduce incesantemente, que no deja de (mal)interpretarse en su corre, ve y dile. Pero el uso de esta interjección sirve también para reforzar una afirmación o una negación: *oui-da, nenni-da, fort-da*. Y es aquí tal vez donde el *da* pueda darnos que pensar, según en qué lengua, bien una cierta «retórica del 'zurück'»¹¹ que *hilvanaría* todo este escrito de Freud, bien un *desencadenamiento* y reforzamiento del *fort*, como hemos apuntado, lo que nos llevaría a extraviarnos un tanto con respecto a la lectura que realiza Derrida de *Jenseits* en *La carte postale*. Una vez más, si acaso hay alguna diferencia entre esta lectura y la nuestra, percibirla será cuestión de oído, de tono, de ritmo. Como también habrá que aguzar el oído para hacerse cargo de la diferencia tonal que nosotros creemos haber escuchado y que separaría en escalas distintas *Spéculer -sur «Freud»* y *Résistances*. ¿Tiene algún sentido decir que se puede leer *Jenseits* en clave de «o» o en clave de «a»? ¿en esta clave de «a» o en esta otra?, ¿que se puede leer *Jenseits* —o cualquier otro texto, por ejemplo, *Spéculer*— en deconstrucción en clave de *da* o en clave de *fort*?, ¿que el propio Freud en *Jenseits* habría jugado con la posibilidad de tocar su partitura psicoanalítica en claves muy diferentes e incluso de oscilar entre una y otra?, ¿que la decisión entre las claves, el ritmo, el tono, el *tempo* no es fácil pero que, en todo caso, debe ser tomada?¹²

9 DERRIDA, J.: «Fors», Prefacio a *Cryptonymie. Le verbier de l'homme aux loups* de ABRAHAM, N. y TOROK, M., Paris, Aubier-Flammarion, 1976, p. 11, 12, 17.

10 *Le Robert. Dictionnaire historique de la langue française*. Paris. Le Robert. 1992. Aunque la documentación acerca de los orígenes y el uso de esta interjección se remonta muy atrás en el tiempo, no obstante no constituye una rareza extrema dentro de la lengua francesa, ni habernos tropezado con ella es fruto de una retorcida investigación. Basta abrir cualquier diccionario actual de francés, incluso de bolsillo, para encontrar, allí, recogido el vocablo «*da*».

11 *La carte postale*. Ed. cit., p. 385.

12 La clave, en música, no viene sino a resolver un problema de notación. La clave facilita, hace posible la escritura, le da nombre a las notas y permite que éstas no se salgan excesivamente del pentagrama. Sin clave no hay margen, ni borde. La ausencia de clave es el desbordamiento sin más. La utilización de la clave tiene más que ver con la escritura y la lectura que con la ejecución propiamente dicha. Escribir a dos manos, ejecutar a dos manos, lo mismo pero en distinta clave, por ejemplo la mano izquierda en clave de «a» y la derecha en clave de «o».

«Freud hace con (sin) el objeto de su texto lo mismo que hace Ernst con (sin, *without*) su bobina [...] Admitamos que Freud escribe. Escribe que escribe, describe lo que describe pero que también es lo que hace, hace lo que describe, a saber, lo que hace Ernst: *fort/da* con su bobina»¹³. Ésta es, en efecto, la seductora hipótesis de lectura que propone Derrida en este texto para abordar *Jenseits*. Hipótesis que se nos hace irrenunciable hasta cierto punto y que es imposible no seguir (sin seguir). *C'est à suivre*: con esta invitación concluye *Spéculer*. Para que sigamos exactamente el hilo dado, a saber, inventado, en suspenso, como ciegos equilibristas que suponen a cada paso que allí sigue el hilo, esperándoles. *Da*, ahí enfrente. Pero también *da, dis et va*, como preferimos nosotros, y que recoge mejor la operación de Ernstl cuando dice *fort* y la de su abuelo cuando dice que su nieto dice *fort* y la de Derrida cuando dice que el abuelo dice que su nieto dice *fort*. Aunque, y ésta es nuestra propuesta, esto es lo que nosotros oímos, Derrida se sienta fascinado por el *da*, por un cierto *da*, más que por el *fort*. La apuesta es fuerte. Derrida dice que Freud juega al *fort/da*. Derrida hace que Freud juegue al *fort/da*. *Spéculer* dice y hace que Freud juegue a lo que juega su nieto¹⁴. *Jenseits*, por su parte, donde la palabra clave es, precisamente, *Spekulation*, dice y hace, pone en obra la *Todestrieb*. *Da, dis et va, fort*: ahí va la *Todestrieb*. Dicho y hecho. ¿Nos atreveremos llegados a este punto a afirmar, a especular con la posibilidad de considerar *Jenseits* un acto performativo-constativo por el cual Freud hace cosas con palabras como le enseñó Ernstl? Cuestión peliaguda. Pues mientras Freud finge —hace de *advocatus diaboli*— buscar un ejemplo de la *Todestrieb*, mientras describe, mientras simula su cojera intentando demostrar, *dar fe* de la existencia de un más allá del principio del placer, su mismo decir, performativamente, está instituyendo aquello mismo que pretende ejemplificar. No hay ejemplo para el ejemplo. Freud juega al *fort/da*... *C'est à suivre*. Sería necesario seguir la hipótesis de Derrida, con Derrida, por ejemplo, teniendo en mente *Fuerza de ley* y lo que allí dice acerca de la tensión entre la *Rechtsetzende* y la *Rechtserhaltende Gewalt*. No es algo muy diferente lo que está ocurriendo aquí. Al fin y al cabo se trata de transgredir el imperio, la ley del principio del placer y el mejor modo para hacerlo es hacer surgir una ley nueva, fundar, violentamente, una nueva ley. Fundación que no podrá sino suponer una transgresión para la antigua ley por esta otra (más antigua aún, la ley vigente siempre es la ley más antigua; habrá cosas más antiguas pero no serán ya ley, no tendrán fuerza de ley) que, sin embargo, acaba de nacer.

Seguimos con Derrida. Sólo que en esta coyuntura o, mejor, en este descoyuntarse de la ley antigua y la nueva, por más antigua, en este *fort/da*, habíamos dicho que, a nuestro entender, a nuestra escucha, *Spéculer* hacía hincapié en un *da sostenido*, en el *zurück*, en la *rechtserhaltende Gewalt*, en una «sobreestimación» (en cursiva y entrecomillado) de la violencia conservadora de la ley, de la defensa a ultranza del principio del placer que se pone en juego en *Jenseits*. Nosotros preferimos otra lectura, sin duda la misma, en clave de *fort*. ¿Qué puede querer decir esto?, ¿qué repercusión para el oído puede tener tocar *Jenseits* en dos claves diferentes?, ¿alguien entiende, oye la diferencia —*fort/da* o *fort/da*— entre una blanca y una negra en filosofía?, ¿o una corchea? La corchea es más peligrosa. Siempre corre el riesgo de engancharse, de *s'accrocher*, de *estribar* en la baranda de la cunita de Ernstl y que se rompa el hilo al querer hacerla regresar, *da*. La bobina siempre corre el

13 *Op. cit.* p. 341.

14 Esto requerirá, naturalmente, de «protocolos teóricos múltiples y complejos». Decir que Freud juega a lo mismo que su nieto y, a partir de ahí, interpretar su comportamiento y toda una escena de escritura es, cuando menos arriesgado, a la par que tentador. Habrá, en todo caso, que tener cuidado para no *analizar* el juego freudiano en los mismos términos en los que éste analiza el jugar de Ernstl, esto es, no leer *Jenseits* desde la perspectiva del principio del placer, del beneficio, de la ventaja y reinscribirlo en la lógica que precisamente este texto vendría a intentar desafiar. Estar atentos, pues, a la posibilidad de una lectura displacentera inaugurada y exigida por la tentativa de una escritura del displacer mismo.

riesgo de no volver, de no llegar a su destino, por mucha que sea la habilidad (*adresse, Geschick*) de quien la lance. Estábamos siguiendo un hilo y ya se nos ha roto. Lo irritante de jugar al *fort/da* es que se rompa el hilo. Y con seguridad siempre se acaba rompiendo. No hay hilo que no se rompa. Acaso poco más que eso estaba queriendo decir Freud en *Jenseits*.

Pero se anuda y ya está. Sigamos. Aquí no ha pasado nada. Sigamos jugando. A todo el mundo le gusta jugar a los juegos, pues son varios, a los que juega Ernst. Uno de ellos es el *fort/da*, el preferido de Derrida. El preferido también por Freud, según nos dice Derrida. Desde luego no el preferido por Ernst, pobre bebé al que nadie oye, al que cada cual oye a su manera y que, para la posteridad, quedará como el niño al que le encantaba jugar al *fort/da*. Mentira. A Ernst lo que le gustaba era jugar al *fort*¹⁵. Para un día que juega a otra cosa y, al parecer, no sin cierto entrenamiento y coacción por parte de alguien de su familia, ya le quedó colgado el sambenito¹⁶. Tampoco sabemos a ciencia cierta cuál era el juego favorito de Freud. Hemos dicho que a juicio de Derrida era el *fort/da*. Todo *Spéculer* se encarga de mostrarlo. No digamos que se encarga de instigar a Freud para que juegue a esto y no a esto otro, como éste hiciera con su nieto. Al menos no en este caso.

Pero la clave de *da* que oímos a ratos más señaladamente se hace notar en lo que sí es una instigación violenta por parte de Derrida, esos instantes en los que estriba nuestro oído. Nos referimos a esos pasajes de *Spéculer* donde la *Spekulation* de Derrida no quiere pasar inadvertida, concretamente en la inexplicable insistencia de este último en querer hacer jugar a toda costa a Freud al «trenecito» y «neutralizar» de este modo lo que en *Jenseits* pudiera haber de más audaz. Impedir, por ejemplo, que Freud juegue al *fort*. «El niño tenía un carrito de madera atado con un hilo. No se le ocurrió, por ejemplo, arrastrarlo tras de sí por el piso para jugar al trenecito, sino que... (*Es fiel ihm nie ein, sie zum Beispiel am Boden hinter sich herziehen, also Wagen mit ihr zu spielen, sondern...*)». Derrida oye aquí un cierto lamentarse, un cierto pesar (*regret*) por parte de Freud de que Ernst no juegue al carrito. Es una forma de oír. Y de aquí pasa directamente a afirmar: «Si él [Freud] hubiera jugado en lugar de su nieto [...] el (padre-)abuelo habría jugado al trenecito [...] ¿Qué es jugar al trenecito, para el (abuelo-) padre? Especular: sería no arrojar nunca la cosa (pero, ¿acaso el niño la arroja alguna vez sin tenerla sujeta por un hilo?). tenerla continuamente a distancia, pero a la misma distancia, siendo invariable la longitud del hilo, hacerla (dejarla) desplazarse al mismo tiempo y al mismo ritmo propio. Esto, este tren en camino (*en train*), ni siquiera tiene que regresar; no parte, verdaderamente. Apenas viene de partir y ya va a regresar»¹⁷. Afirmar, interpretar, especular, analizar *Jenseits* y decir, como de pasada, dejar caer que a Freud lo que le gusta es tener «todos los hilos» en su mano, «tener firmemente en la mano la locomotora» con las implicaciones que ello tiene respecto de su hija Sophie, la cama, la cuna, pero, sobre todo, con la puesta en marcha de la institución psicoanalítica por parte del padre-locomotora del trenecito del psicoanálisis, con las relaciones de Freud con sus herederos y con sus predecesores, con sus deudas intelectuales

15 «El primer acto, el de la partida, era escenificado por sí solo y, en verdad, con frecuencia incomparablemente mayor que el juego íntegro llevado hasta su final placentero» («Más allá...», Ed. cit., p. 15).

16 Es Derrida quien sospecha admirablemente de semejante instigación a cambiar de juego (Cfr. *La carte postale*, Ed. cit., p. 347.) a raíz de una observación del propio Freud: «Para la valoración afectiva de este juego no tiene importancia, desde luego, que el niño mismo lo inventara o se lo apropiara a raíz de una incitación [externa] (*ob das Kind es selbst erfunden oder sich infolge einer Anregung zu eigen gemacht hatte*)» («Más allá...», Ed. cit., p. 15).

17 *La carte postale*, Ed. cit., p. 335-336.

con los filósofos, es mucho decir y mucho oír. Especular, visto así, naturalmente, se reduciría a no arrojar nunca nada, especular es *da, aquí, de vuelta siempre sin haberse ido*¹⁸. Pero desoímos el *fort*. Derrida desoye el *fort* por un momento. En este momento y en otros. Parece desoírlo a ratos cuando en realidad lo está oyendo siempre y lo oirá formidablemente, lo oirá más que nunca, en otra ocasión, en *Résistances*.

Y es que todo comenzó porque Ernstl arrojaba sus juguetes mientras decía o-o-o-o, digamos *fort*. Sin bobina ni carrete. Sin hilo. Sin *da*. Señalemos cuando menos este olvido. Incitemos a Freud a jugar a este otro juego, ¿lo ha hecho alguien? No nos faltarán razones ni motivos que aducir. Aunque quizá el argumento más poderoso, que no es argumento, que podamos *lanzar* sea el propio *Jenseits, fort*. Especular es *fort, jeter la chose, dis et va*. El niño bueno que es Freud, en los años veinte, de pronto, exhibe el hábito molesto de arrojar lejos de sí todos sus juguetes y desparramarlos de modo que no fue ni es tarea fácil volverlos a juntar. Y, al hacerlo, profería con expresión de interés y satisfacción un fuerte y prolongado *Jenseits. Peut-être*. La propia lógica familiarista, el imperativo *económico* y genealógico que atribuye Derrida a Freud en su especulación sobre este último debería tal vez vérselas, y con ello matizarse, con lo que el *fort* proferido tan insistentemente por Ernstl puede contener de impulso contra- o anti-genealógico. Porque, si contemplamos lo que esta escena también pone en juego y que no debe quedarse en silencio, descubriremos un doble parricidio por parte del pequeño e inocente bebé, el cual, con un doble *fort*, se deshace primero de su madre, haciéndola desaparecer, para, posteriormente, enviar a su padre a la guerra. Sea como fuere, es posible ver aquí una escena de radical desvinculación donde el padre, la madre y el propio Ernstl desaparecen¹⁹ en un formidable *potlach* sin resto, sin vuelta al origen, ni al padre, ni a la madre, ni al abuelo.

18 *Pas au-delà* o *Pas au-delà*. Escribir esta expresión introduciendo la diferencia de la negrilla es, por sí mismo, un gesto aberrante que incluso destruye la originalidad, la indecidibilidad y toda la fuerza del *pas au-delà*, del *jenseits*, del *fort/da*. Pero ahí está toda la dificultad de la *Spekulation*, de la deconstrucción. En el oído. En no escorarse por culpa de un oído vertiginoso. Ése es el riesgo. La herencia es riesgo. Y Freud es riesgo. Y Derrida es riesgo. Nada que ver con locomotoras.

19 Ya sea porque decidamos darle crédito al insólito arrojar(se) del propio Ernstl en un arrebatado de masoquismo originario o, como el propio Freud describe, porque Ernstl descubre que la *Spekulation* es también un modo de hacerse desaparecer: «Un día que la madre había estado ausente muchas horas, fue saludada a su regreso con esta comunicación: 'Bebé o-o-o-o'; primero esto resultó incomprensible, pero pronto se pudo comprobar que durante esa larga soledad el niño había encontrado un medio para hacerse desaparecer a sí mismo. Descubrió su imagen en el espejo del vestuario, que llegaba casi hasta el suelo, y luego le hurtó el cuerpo de manera tal que la imagen del espejo 'se fue' (*so dass das Spiegelbild 'fort' war*)» («Más allá...», Ed. cit. p. 15). El *miroir tautologique* (*La carte postale*, Ed. cit. p. 324) que constituiría Ernstl y su juego para su abuelo debería dar cabida también a esta hipótesis de la posibilidad de hacerse desaparecer en la propia escritura de *Jenseits*. No decimos que Freud lo haga, pero al menos, conectando con la problemática genealógica, de herencia, de deudas intelectuales, de testamento, del destino del movimiento psicoanalítico que Derrida pone en juego en *La carte postale*, podría analizarse hasta qué punto el legado que Freud deja a sus herederos no comienza con este jugar el padre-abuelo del psicoanálisis a hacerse desaparecer por anticipado, con el desparrame de sus juguetes, de todas y cada una de las piezas de su elaborada metapsicología, con la escena de parricidio de su nieto, de su heredero que le diría «¡Vete, ya no te necesito!». Y, por seguir con la especulación, no deberíamos tampoco desdeñar, por seguir también con la sugerencia de Derrida de hacer una lectura autobiográfica de *Jenseits*, la desfiguración, el no reconocerse a sí mismo, lo ominoso (*unheimlich*) que puede portar en sí la especulación. Además del *fort/da*, del juego de desaparecer en el espejo, este otro relato (de trenes y locomotoras) tal vez nos sirva también para ver cómo se refleja en *Jenseits* la problemática del doble, de la escritura del doble, que le impide a Freud reconocerse a sí mismo en este doblez de su escritura a dos o a cuatro manos; este Freud que escribe o que ve doble, que *se escribe*, no sólo para simular la firma de un «contrato consigo mismo para guardar todos los hilos/hijos de la descendencia» (*La carte postale*, p. 342), sino que, al escribirse, se divide, se trocea, dificultando cualquier intento de reapropiación, desafiando la lógica misma del *autos*, del auto-móvil, de la auto-afección: «Me encontraba solo en mi camarote cuando una

Especular es *fort*, decíamos. Y el especulador sería así una especie de *gettatore*, «literalmente, 'el que arroja' la mala suerte, el mal de ojo»²⁰, figura que aparece recogida por azar en *Das Unheimliche* y que nos recuerda, en su arrojado, a los *sorts*, a los *jets* de Artaud, otro *gettatore* célebre junto con Ernstl y quizá con Freud. ¿Se podría decir a la inversa que Artaud, junto con Ernstl y con Freud, es un «especulador» célebre? Tenemos ya demasiada prisa y puede que lo mejor sea dejar apuntada esta otra línea de fuga sin dejar de constatar el vínculo que podría unir una y otra especulación, uno y otro *fort*, si es posible establecer vínculos, unir con un delgado hilo un *fort* y otro sin ir contra corriente, sin introducir precisamente la lógica de un *da*, siempre necesitada de un hilo. A Artaud no se le ocurrió, lo que no es de lamentar, atar su navaja con un hilo para hacerla regresar y poder volver a arrojarla. O jugar con ella, por ejemplo, al trenecito. Acaso tampoco sea posible hablar siquiera de una lógica del *fort*, con lo que no haríamos sino hilvanar sus idas para convertirlas en venidas, *da*.

Tendamos, no obstante, otro hilo para seguir hablando del *fort*, para pronunciar nosotros otro *fort*, con la esperanza de que se rompa y pronto. Puede ser que también estemos queriendo hablar de lo que no se puede hablar y, a pesar nuestro, en vez de potenciar y subrayar con nuestro discurso la *portée* del *fort*, lo limitemos a cada paso, obstaculizando su alcance con nuevos hilos que lastran su vuelo, su alejarse. Seguramente. ¿Otro *fort*? Más bien otro «o-o-o-o». El eco *après-coup* del «o-o-o-o» de Ernstl. Otra lectura de este cuádruple «o». Otra forma de oír «o». Un mismo «o» absolutamente diferente, según se dice, pronunciado por un Aristóteles que sabemos ya había sobrepasado con creces el año y medio. No sabemos, en cambio, si el suyo era un «o» fuerte y prolongado, proferido con interés y satisfacción o, por el contrario, con un cierto *regret*. Tampoco sabemos exactamente cómo transcribirlo ni cómo traducirlo: «Según la manera como se escriba la ω (omega) en *O philoi, oudeis philos*, tendremos, o bien una interjección vocativa (ω , espíritu suave y acento circunflejo), y es ésta la lectura que ha prevalecido ('Oh, amigos, ningún amigo'), o bien el dativo de un pronombre (ω , espíritu áspero, acento circunflejo y iota suscrita, *hôi*), y ésa es la lectura que no se ha conservado: 'aquél para el cual amigos (para quien hay amigos, una pluralidad o una multitud de amigos), para él ningún amigo'; o también: 'si demasiados amigos, ningún amigo'. Paráfrasis: aquél que tiene demasiados amigos no tiene ninguno»²¹. De nuevo, todo estriba en el oído que le prestemos a nuestra frase, a nuestras o- ω -o- ω -o-o- ω : «Toda su historia, desde el punto de partida, habrá consistido en desasirse de un contexto único y de un destinatario indivisible [...] todo presunto firmante de la susodicha frase re-marca también eso, lo dice, lo dicho, dice el 'más de uno' del destinatario, amigo enemigo, 'más de uno' o 'más que uno': una por ejemplo, otra. No cabe firmar o apropiarse de esta frase, no se la puede trasladar a otra parte, a cualquier parte, sin re-marcar esta destinerrancia que se atiene *al más de uno* o *al más que uno* de la destinación. Y eso es la amistad, eso es la guerra»²². No podemos evitar oír el dicho de Aristóteles y el de Ernstl a un tiempo,

sacudida algo más violenta del tren hizo que se abriera la puerta de comunicación con el *toilette* y apareció ante mí un anciano señor en ropa de cama y que llevaba puesto un gorro de viaje. Supuse que al salir del baño, situado entre dos camarotes, había equivocado la dirección y por error se había introducido en el mío; me puse de pie para advertírselo, pero me quedé atónito al darme cuenta de que el intruso era mi propia imagen proyectada en el espejo sobre la puerta de comunicación. Aún recuerdo el profundo disgusto que la aparición me produjo» (FREUD, S.: «Lo ominoso», en *O. C.*, Ed. cit., vol. XVII, p. 247).

20 *Op. cit.*, p. 242.

21 DERRIDA, J.: *Politiques de l'amitié*. Paris, Galilée, 1994, p. 235-236 [Trad. cast. de Patricio Peñalver y Paco Vidarte. Madrid, Trotta, 1998, p. 235-236].

22 *Op. cit.*, p. 244-245 [Trad. cast. p. 244].

superponiéndose sus ecos, incapaces de distinguir quién gritó primero; se solapan también a nuestros oídos las interpretaciones que se dan de una frase y otra, como si ambas hablaran de lo mismo, como si ambas estuvieran preocupadas por lo mismo, por la amistad, por la guerra, por la unión y la desunión; como si ambas estuvieran habitadas o habitaran un mismo conflicto, el que se produce cuando 'hay más de uno' o 'más que uno'; como si ambas se preocuparan por un cierto *más allá*, *Jenseits des Lustprinzips*, *Au-delà du principe de fraternité*²³, en ambas subsistiría el tira y afloja, el *fort/da* subyacente a toda política de la amistad.

¿Quién ha dicho que el *fort/da* (no) pueda leerse independientemente del contexto de *Politiques de l'amitié*? ¿Quién ha dicho que 'O-ῶ-ῶ-ω *phíloi*, *oudeís phílos*' (no) pueda leerse independientemente del contexto del *fort/da* enunciado en *Jenseits*? Me permito apuntarlo aquí como hipótesis de lectura. Y no es cualquier hipótesis. Obedece tal vez a cierta escucha de lo inaudito (del *póleros*) presente en una y otra obra y en este artículo. ¿Podríamos descomponer la frase aristotélica en un *da*: *O phíloi / fort: oudeís phílos*? ¿No están una y otra frase inscritas dentro de una historia y escribiendo una historia de *Éros*, *phília*, *neikós*, *pólemos*, *lógos*, *Versammlung*, *Bindung*, *Entbindung*, *Fuge*, *Unfug*, *Díke*, *Adikía* y muerte? Unión y desunión, vínculo y desvinculación, enlace y desenlace, Eros y pulsión de muerte: casi no hablan de otra cosa. *O phíloi, oudeís phílos*: «Su polaridad parece corresponder a la oposición de los dos grupos pulsionales que hemos supuesto. La afirmación —como sustituto de la unión— pertenece al *Éros*, y la negación —sucesora de la expulsión—, a la pulsión de destrucción»²⁴. No importa que Derrida apenas hable de Freud en *Politiques*²⁵. Eso no impide que se le oiga. Y lo que es mejor, sin estar obligados a ello. Casi se hace superfluo explicitar aún más esta hipótesis de lectura y su diferencia, por ejemplo, con la desarrollada en *La carte postale. À bon entendeur salut*.

Sigamos con nuestras dos frases, no dejemos de escucharlas a la vez, con las dos orejas. Quizás se trate de oreja y no de oído. Percibir la diferencia entre la oreja y el oído también es una cuestión de oído, o de oreja. *Fort/da*:

«Este desbordamiento de la esfera teórico-constativa no podía no ser un proyecto: de amistad o de enemistad, diríamos, o los dos a la vez, y de la comunidad política correspondiente, de singularidad y de multiplicidad, poco importa. Pero un proyecto así es irreprimible y tiene la edad de la frase.

¿Se dirá que es la bella tentación de que, más allá de todas las dialécticas cuyas experiencias ineluctables multiplicamos, más allá de las fatales síntesis o coincidencias de los contrarios, sobrevive el sueño de una amistad inagotable, de una amistad más allá de la amistad, de una amistad invencible en todas esas dialécticas? [...] una inflexible hipérbole de la *phília* [...] Y si se fundase finalmente la política de esta amistad, de ésta y no de otra, la política de *esta* hipérbole, ¿no zanjaríamos toda la historia de lo político, esta historia vieja, fatigosa y fatigada, esta historia agotada?

23 *Op. cit.*, p. 12 [Trad. cast. p. 12].

24 FREUD, S: «La negación», en *O. C.*, vol. XIX, p. 256.

25 Apenas lo cita, explícitamente, una docena de veces (Cfr. p. 56, 114, 131, 132, 143, 144, 172, 299, 308, 309, 310 de la versión castellana [prescindimos en este caso de la correspondencia de las páginas con el original francés pues es casi la misma]), lo que siempre me ha sorprendido dada la temática de la obra. Pero mis oídos nunca han escuchado un silencio más estruendoso. Lejos de decir que, en *Politiques de l'amitié*, a Freud no se le oye, casi diría, por el contrario, que su *hantise* es permanente, una perfecta puesta en obra de cómo portar la voz del amigo, la *lautlose Stimme* de la *Todestrieb* freudiana, un *fort/da* formidable.

La bella tentación. Es la tentación del libro que usted lee, no lo dude, pero es también aquella a la que este mismo libro se debe resistir [...] Pero no podemos —ni *debemos*— excluir, cuando alguien habla, en privado o en público, cuando enseña, publica, predica, ordena, promete, profetiza, informa o comunica, que cierta fuerza en él se esfuerza también en *no ser* comprendido, aprobado, aceptado en el consenso, no inmediatamente, no plenamente, y en consecuencia no en la inmediatez y la plenitud de mañana, etc. Para esta hipótesis, que puede parecer extravagante a algunos, no tenemos necesidad de recurrir a una figura diabólica de la pulsión de muerte o de la pulsión de destrucción. Basta con tener en cuenta la estructura paradójica de la condición de posibilidad: para que el acuerdo de la querencia hiperbólica sea posible [...] es además necesario que la posibilidad de fracaso no sea solamente un borde accidental, sino un asedio»²⁶.

La bella tentación. De Derrida en *Politiques*. De Freud en *Jenseits*. Tentación doble y a la que ambos se resisten. Con una resistencia también desdoblada. Ni la misma bella tentación ni la misma resistencia. Y sobre estas dos bellas tentaciones, dos proyectos políticos inciertos, lejos de cualquier programa, dos comunidades imposibles, inconfesables, una comunidad sin comunidad. El porvenir de más de una ilusión más allá del principio del placer, más allá del Eros, más allá del principio de fraternidad. «Para esta hipótesis, que puede parecer extravagante a algunos, no tenemos necesidad de recurrir a una figura diabólica de la pulsión de muerte o de la pulsión de destrucción». ¿Cómo oír esta declaración, esta afirmación o esta negación, esta *Verneinung* o este desmentido, esta *Verleugnung*? Nuestra escucha no es tan violenta como la freudiana: «'Usted pregunta quién puede ser la persona del sueño. Mi madre *no es*'. Nosotros rectificamos: Entonces *es* su madre»²⁷. Para oír esta frase, para oír cómo se resiste Derrida a su bella tentación y a la tentación de Freud, será necesario leer detenidamente *Résistances*. Y seguir hablando de *Todestrieb* y de lo indeconstructible, sin prisa por hacer surgir entre ambos términos la más bella amistad. Porque, digámoslo apresuradamente, sencillamente ello no es así²⁸. En otra ocasión.

Lo nuestro, hoy, aquí, es el *fort/da* o, *dicho de otro modo*, un modo bárbaro, en otra lengua, la única lengua no bárbara, o *phíloi, oudeís phílos*: el legado de Freud, su herencia, el acto o el acta que funda la comunidad psicoanalítica. Hacer espejear estas dos frases es especular sobre Freud de una forma muy diferente a la que tiene lugar en *La carte postale*. Hacer espejear el *fort* y la *hyperbolé* de la *philia*, la querencia hiperbólica, el *jet*, el *Wurf*, el *bállo*, el *pró-blema*, el proyectil del Eros, del principio del placer o de la amistad, una fraternidad o una *philia* hechas proyectil, ésa es quizás nuestra bella tentación, en sentido estricto.

Porque, desde el comienzo, sólo se ha tratado de la estrictión, del *fort* y del *fort* en sentido estricto, es decir, anudado, atado con un hilo, *da*. «Toda estrictura es a la vez estricturación y destricturación»²⁹. Y, a pesar nuestro, también nosotros hemos anudado el *fort* tendiendo un hilo entre Aristóteles, Ernstl, Freud y Derrida. *Fort* parece desafiar todo hilván, toda costura, el tejido mismo, el texto. La naveta va. Pero si no vuelve, no teje. No hace texto. Tal vez *Jenseits* se vea amenazado

26 *Politiques de l'amitié*, Ed. cit., pp. 245-246 [trad. cast. pp. 245-246].

27 «La negación», Ed. cit., p. 253.

28 Como muestra del despropósito al que puede llevar la prisa y el desconocimiento de la deconstrucción y la voluntad de poder reducirla a mero psicoanálisis remitimos al desconsolador debate llevado a cabo en: AAVV: *La subjetividad moderna*. Madrid. Dor-Exlibris. 1996 (especialmente el debate consagrado a *Espectros de Marx*). Allí podemos ver claramente cómo se pone en obra el aplastante «Entonces *es* su madre» psicoanalítico.

29 DERRIDA, J.: *La vérité en peinture*. Paris. Flammarion. 1978. p. 389.

hasta cierto punto —un punto que se ha ido, un punto descosido, un punto tan suelto que no hace trama— por la posibilidad de no llegar siquiera a ser un texto, de ser menos que un texto, un texto *sin* texto, más allá o más acá del texto. El hilo roto. El hilo que es cortado. El destejarse. El desco-arse. El desenlace fatal (más allá) del texto. *Forcener le subjectile* para poder escribir sobre él el fatal desenlace. ¿Sobre qué *subjectile* escribir la muerte, escribir sobre la pulsión de muerte, sobre la imposibilidad del *subjectile*? La estricción como des-enlace. El guión hace, a su vez, de hilo. Más allá del principio del placer: el des-enlace. Y el des-enlace no es más que la pulsión de muerte que destruye todo vínculo erótico. Freud pone al principio, en el origen, o al final, como *télos*, el des-enlace, la *Entbindung*. En esto sería poco heideggeriano y, por así decirlo, poco logocéntrico. poco filosófico, si entendemos la filosofía como «erotización del *Streben* interrogante»: «En el fondo, el logocentrismo no es quizás tanto el gesto que consiste en poner el *lógos* en el centro, como la interpretación del *lógos* como *Versammlung*»³⁰.

Sigamos facilitando el vuelo del carrete, no resistiéndonos a su libre flujo, no entorpeciendo su inercia, hasta la muerte. *Fort!, los!* La *Todestrieb* es el des-enlace (*los-binden*; *Los*: suerte, destino, *Schicksal*) previsto por Freud. El des-enlace del psicoanálisis mismo. Su *Schicksalneurose* particular. El des-enlace que constituye *Jenseits*. Un texto donde intenta hablar de la posibilidad, de la necesidad del des-enlace, de la imposibilidad del texto como tejido, como hilos que se anudan y se entretejen, de la imposibilidad de un *subjectile* textual adecuado a sus propósitos. ¿Es conveniente, no supone la mayor violencia entonces, interpretar, leer *Jenseits* como un texto, como un tejido de hilos perfectamente anudados y entrelazados? ¿Qué característica peculiar podría estarnos ofreciendo la escritura freudiana a la hora de hablar de la muerte, sobre la muerte, escribiendo sobre un *subjectile forcené* que le ofreciera la menor resistencia a su escritura tanatográfica y que, desde luego, debería haberse alejado del enlazarse y entretejerse erótico de la trama textual? ¿Supone *Jenseits* también, al igual que una deserotización del pensamiento, una deserotización de la escritura?:

«Aún en los sueños mejor interpretados es preciso a menudo dejar un lugar en sombras, porque en la interpretación se observa que de ahí arranca una *madeja* (*Knäuel*) de pensamientos oníricos que no se dejan desenredar (*entwirren*) [...] ése es el ombligo (*Nabel*) del sueño [...] Los pensamientos oníricos con los que nos tropezamos a raíz de la interpretación tienen que permanecer sin clausura alguna y desbordar en todas las direcciones dentro de la *enmarañada red* (*netzartige Verstrickung*) de nuestro mundo de pensamiento. Y desde un lugar más espeso de ese *tejido* (*Geflecht*) se eleva luego el deseo del sueño como el hongo de su *micelio*»³¹.

Knäuel, Nabel, netzartige Verstrickung, Geflecht, micelio: Freud está hablando de lo inanalizable, de la resistencia última con la que se tropieza el análisis y que no le deja ir más allá, precisamente, como señala Derrida, porque todo se encuentra ya desatado, analizado. Y, en este punto, encontramos en un solo párrafo una significativa oscilación entre dos formas de tejido, o mejor, una oscilación entre lo que es tejido y lo que no lo es y sólo es maraña (*Knäuel, micelio*). Insensiblemente, en la evolución del párrafo, se califica a lo mismo, al ombligo del sueño, primero como *madeja, ovillo, Knäuel*; seguidamente, tal vez por la inexorable resistencia de la escritura textual, por la erotización que supone el texto, el simple enredo enmarañado pasa a ser comparado a una red, ya un

30 *Politiques de l'amitié*. Ed. cit., p. 383 y 378 respectivamente [trad. cast. p. 379 y 374].

31 FREUD, S.: «La interpretación de los sueños», en *O.C.*, vol. V, p. 519 [Subrayado mío].

tejido, pero menos sofisticada y erotizada, enlazada, más llena de huecos que éste: *netzartige Verstrickung*. *Stricken* es hacer calceta o punto, tricotar «al modo de una red». El decurso del párrafo va erotizando, ligando casi sin apercibirse el enredo del comienzo; en tercer lugar llegamos al *Geflecht*, trenzado, enrejado. Poco o nada queda del desorden inicial que se ha convertido en texto. El ovillo ha sido tejido ante nuestros ojos y no nos hemos dado cuenta. Quizás ni siquiera el propio Freud. Al hablar de lo inanalizable, sucesivos *lapsus calami* le han llevado a darle sentido a la madeja y tejerla, aunque el texto de por sí enuncia la imposibilidad de este hecho, la imposibilidad de desenredar y hacer texto de esta madeja. Pero, al final, hay una nueva recaída. *Geflecht*, de *flechten*, trenzar; *Flechte*, trenza pero también «líquen». Otra vez volvemos a la maraña y a la naturaleza. Y del líquen al micelio del hongo. Más enredo sin tejer. Nuevamente se impone lo inanalizable, lo irreductible al texto, lo que está más allá del eros y del placer de hacer calceta. El des-enlace de la *Todestrieb* parece hallarse más cómodo en el *subjectile* natural del líquen, del micelio o del hilo enredado. Lo más interesante de todo ello es que el simple desenlace, lo que es menos que texto, lo que no llega ni puede llegar a ser texto, sin embargo, conserva cierta «textura», cierta cohesión, conserva una cierta *subjectilité*. El ombligo anda a medio camino. También es una metáfora natural. Es des-enlace, corte, ruptura del hilo. Pero todavía no es costura, punto, puntada, nudo. Cicatriz, más bien.

«Se cree que las mujeres han brindado escasas contribuciones a los descubrimientos e inventos de la historia cultural, pero son tal vez las inventoras de una técnica: la del trenzado y tejido. Si así fuera, uno estaría tentado de colegir el motivo inconsciente de este logro. La naturaleza misma habría proporcionado el arquetipo para esa imitación haciendo crecer el vello pubiano con la madurez genital, el vello que encubre los genitales. El paso que aún restaba dar consistió en hacer que adhirieran unos a otros los hilos, que en el cuerpo pendían de la piel y sólo estaban enredados»³².

De nuevo encontramos un «fuera del texto», natural³³, cercano por tanto al des-enlace de la *Todestrieb*, modelo previo para el texto erotizado que teje el simple enredo del vello púbico. Freud tiene en la cabeza dos modelos de texto, dos texturas, dos *subjectiles*, dos formas de cohesión nacida una del *Binden* erótico y la otra de la *Entbindung* de la pulsión de muerte. Pero el des-enlace también es texto, tejido a su manera. Del más completo desorden, del des-enlace radical, nace también una textura que no es tejido, ni red, ni nudo, ni texto. Pero que sí es ya *subjectile*, soporte de escritura; no es tela ni vestido pero tapa, cubre, abriga. *La maraña del vello púbico encubre la castración como el texto vela la muerte*. La cohesión de la maraña, del lío, del ovillo, del enredo nace del desorden, de la entropía. La mayor entropía produce textura. Lo mismo que el orden, la disminu-

32 FREUD, S.: «Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis», en *O.C.*, vol. XXII, p. 123.

33 Esta formulación provocadora quiere llamar la atención sobre la ventaja de no reducir simplemente la operación textual freudiana, que en cuanto tal descubrimos aquí, al consabido esquema oposicional metafísico de naturaleza/cultura, texto-originario/texto-derivado, desde luego presentes en sus escritos, sino explotar precisamente el rendimiento que puede ofrecer este trabajo de la textura, este *forçément*, esta catastrófica apertura del campo metafórico, esta búsqueda de un *subjectile* adecuado sobre el que escribir la *Todestrieb*. El retorno al origen de la pulsión de muerte conlleva asimismo un retorno al «texto originario». La belleza de este gesto exige contemplar la enorme potencialidad de la doble textura-escritura que creemos ver en obra en Freud y su repercusión para la noción de texto y sus bordes. No estamos aquí simplemente ante «El Libro de la Naturaleza», ante una escritura buena y otra mala, displacentera una, placentera la otra. El *mal de archivo* está jugando todo el tiempo, así como la (in)adecuación entre soporte archivante y contenido archivado, desde esta inédita perspectiva de la mezcla y desmezcla de una doble textualidad-escritura erótica y tanatográfica.

ción erótica de la entropía, también produce la textura del tejido y del texto. «Se querría *contar*, en suma, con dos obras y dos subyectiles, dos papeles, uno venido después del otro y sobre él, uno *sobre* el cual se sostendría un discurso *sobre* el otro, un 'comentario' acerca del otro [...] Hay dos subyectiles para una obra y, en verdad, dos ejemplares únicos del mismo acontecimiento, absolutamente diferentes pero indisociables»³⁴.

¿Sobre qué *subjectile* está escribiendo Freud *Jenseits*? ¿Cuál es la *textura* de esta obra? ¿No habremos de tener cuidado para no trenzar con nuestra lectura la maraña del vello púbico, el micelio, el líquen, el ovillo de *Jenseits*? ¿Es *Jenseits* verdaderamente un texto o, aunque sí lo sea, no debemos contemplar su aspiración a no serlo y no aplastar el experimento especulativo de *forcément du subjectile* que tal vez sea? ¿Qué sentido tendrá buscar en él un hilo de Ariadna cualquiera, atarnos los cordones de los zapatos para caminar a su lado o meter los pies en los estribos para poder seguir mejor su acelerado paso cabalgando? La escritura de Freud en *Jenseits* supone un ejercicio inédito de deserotización, en su trazo y en el soporte, para albergar cabe sí la *Todestrieb*. Y ante el fenomenal riesgo de no escribir, pues la escritura es erótica en cierto modo, como el texto, aplica el propio principio de inercia, de máximo desorden, de máxima entropía a su escritura y al texto, dando como resultado, más o menos feliz, todo estriba en el intento, una escritura no erótica pero sí *viscosa, inerte*: el enlace erótico es sustituido por la *viscosidad inerte* del des-enlace³⁵. Tal vez escoger el rítmico *Fort/da* como clave de lectura de *Jenseits* se parezca demasiado al vaivén de la naveta que teje y hace tejido de la maraña. No hay que tener miedo a la maraña, al enredo, al micelio ni, sobre todo, al vello púbico. Seguramente, por fortuna, cualquier interpretación que hagamos sobre *Jenseits* no *agarrará*, se acabará descosiendo porque la obra misma no permita la costura y ocurrirá que los hilos de nuestra lectura serán «repelidos con efecto retardado —no puede uno evitar la comparación— como los hilos tras una operación»³⁶.

(Junio 1999)

34 DERRIDA, J.: «Forcener le subjectile», en THÉVENIN, P. y DERRIDA, J.: *Antonin Artaud. Dessins et portraits*. Paris, Gallimard, 1986, p. 91.

35 La *viscosidad (Klebrigkeit)* es una característica que Freud atribuye a la *libido* y que consiste en su capacidad de fijarse en los objetos. Una *libido* en exceso viscosa o móvil en extremo supone un obstáculo terapéutico invencible. La viscosidad libidinal es, en último extremo, también, cómo no, inanalizable. «La viscosidad de la libido parece testimoniar una especie de inercia psíquica comparable a la entropía en un sistema físico» (LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J.B.: *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona, Labor, 1993). Curiosamente, la viscosidad, también es llamada «inercia» (*Trägheit*), en conexión con la *Neuronenträgheit* y el *Trägheitsprinzip*, fundamentales desde el *Proyecto* para comprender, precisamente, la hipótesis de la pulsión de muerte como flujo libre, evacuación y descarga total de la energía.

36 FREUD, S.: «Análisis terminable e interminable», en *O.C.*, vol. XXIII, p. 221.